

No hay hombre sin libros

José Jiménez Lozano

No creo yo que estemos en un tiempo tecnológico, no soy tan pesimista o fatalista como Hermann Hesse, cuando expresó su temor que en muy poco tiempo sólo le quedaría al hombre, como conciencia de sí mismo, la escafandra de sus vuelos planetarios. Entre otras razones, porque entonces ya no se trataría de hombres.

Por lo pronto, “tecnología” no es igual que “técnica”, aunque sus nombres se utilicen indistintamente, y con mayor inclinación hacia el primero, seguramente en atención a una cierta mayor sonoridad que implicaría el significado de una técnica más depurada y compleja; e incluso el “summum” de la técnica. Pero la técnica no es sino el “tecné” o saber práctico del que hablaban los griegos, y es también, desde luego uno de los signos de la hominización: la habilidad de los primeros hombres para hacerse útiles. Mientras que la tecnología es una metafísica o visión del mundo y del hombre, según la cual el hombre renunciaría a favor de una máquina construida por él, a tener un cierto pensamiento y una cierta decisión, no en la parcela de la realidad que puede ser administrada mecánicamente – cuestiones y realidades de la “res extensa” que pueden ser expresadas en dígitos - sino el pensar y el decidir sobre la su existencia y la realidad histórica, que no pueden ser expresados con pesos y medidas, ni previsiones estadísticas. Por la sencilla razón de que, como los neurólogos nos han avisado, el pensar, el decidir y el ejecutar de cada uno de los actos humanos, son únicos y diferentes

entre sí. Ni siquiera el acto diario de hacer una cama es igual de uno a otro, nos previenen. Y otro asunto es si un ser humano puede ser organizado como una máquina, algo que sin duda es mucho más fácil, como mostró Pavlov, y luego algunas satrapías modernas han aplicado a los humanos, hasta realizar algunas de las enormidades que Aldous Huxley soñó en su “Mundo feliz”.

Y digo todo esto, porque se supone, y me parece que la hipótesis es buena, que los hombres no van a renunciar sin más, y de manera consciente, a dejar de ser hombres por muchas y muy adelantadas técnicas que posean, y que se servirán simplemente de ellas como de una mejor escoba, bisturí o aparato volador; y bien o mal es otro asunto, y asunto enteramente humano. Y entonces no me parece sino algo perfectamente normal, que leerá y no únicamente de modo instrumental para relacionarse socialmente y con las máquinas mismas, sino que leerá. Y no tiene sentido ponerse a discutir en qué soporte, porque ésta es una cuestión tan práctica como la del lapicero que coexiste con el ordenador o la vieja puerta que coexiste con la puerta inteligente; el caso es que ese hombre rodeado de máquinas leerá, y leerá asuntos relacionados con su existencia, su vida y su muerte, su esperanza y su desespero, sus pasiones, y por el placer de que se le cuenten cosas, y el de la hermosura. Si no lo hiciese, podríamos dudar de que fuese un hombre, a menos que, obviamente hubiese recibido de modo oral todo un universo de conocimientos y sensibilidades en torno a esa cuestión de ser hombres con todos sus anhelos y preguntas, o deseos de hermosura, como ha ocurrido por ejemplo en el pasado.

El sociólogo o el antropólogo algo expeditivos y un poco baratos han medido la cultura de las gentes por su habilidad y su práctica lectora, sin percatarse por ejemplo de que un vivir como el campesino lleva en su entraña una cultura de unos siete mil años documentables, y nos conmueven ahora mismo tablillas como la del campesino mesopotámico que envía a su hija, que no ha hecho nada durante el invierno, a casa del maestro para que trabaje en el verano, o saber que ciertos gestos y hasta repugnancias y querencias campesinos, vienen de griegos, judíos y romanos antiquísimos, y que hasta muchos refranes no hacen sino citas de Eurípides o Séneca que ya eran dichos latinos hace más de dos mil años, y tanto gustaban y a los que tanta importancia dieron Erasmo o Cervantes, que no eran folkloristas precisamente. Esto es, como el aroma del vaso de escrituras y más escrituras milenarias; así que, en realidad, se trata de una cultura literaria – no puede haber otra – transmitida oralmente.

Y en los tiempos de barbarie y orgullosa ignorancia, que tanto han asolado, y siempre comienzan por las cosas hermosas, como los bárbaros que entraron en Roma comenzaron su destrucción por el huerto de Salustio, lleno de piedras con inscripciones, tampoco ha faltado quien se ocupara de amparar a los libros. Aunque nadie los leyese como en tiempos de Robert d'Anjou, que ordenó guardar, en su reino, los viejos libros, en un armario, para si un día ya no se supiese lo que es la libertad, y nadie se atreviese a decir una verdad a los grandes de este mundo. Ellos hablarían por todos, y sostendrían la alegría del vivir. Y quizás son hoy, los que queden de los antiguos analfabetos, quienes como Robert d'Anjou piensan todavía – y con gran pesar de no poder leerlos ellos mismo - que el mundo sería aún más bárbaro si no estuviesen ahí los viejos libros en alguna parte, aunque nadie los lea. Quizás de modo dolorosamente paradójico esos analfabetos son de los pocos hombres de este nuestro tiempo, que sospechan que, si no hay libros, no hay hombres; y asistimos a la vez y por el contrario, a las primeras generaciones humanas, que no sólo echan en falta libro alguno, sino que hasta sienten un cierto orgullo en no necesitarlo para nada, y en ser “a ilustradas”.

Richard J. Barnett y John Cavanagh, en su obra, *Sueños globales*, hablan ya hace años de los libros y su edición, y explicaban que, “según la tradición, cuando las hojas de papel se encolaban con gasa, el editor estaba ofreciendo una garantía implícita de que valía la pena guardar el contenido. Los libros eran adquisiciones permanentes que se convertían en partes de la vida de uno, a diferencia de las publicaciones periódicas, que se tiraban después de una lectura rápida. Pero la diferencia es cada vez más imprecisa”. Y afirman también que el comercio del libro está hoy a merced del capricho de los clientes, de las modas cambiantes, y de la competencia, de una serie de empresas del ocio muy habilidosas en seducir a los lectores a una escucha fácil o a una visión fútil. Luego señalan cómo funciona esta industria. Sencillamente publicando papel encuadernado para un público muy amplio, con gustos homogéneos y muy a la baja, que, por lo demás, es obvio que los *media* reafirman en su homogeneización cada día, y la edición se rige, con frecuencia, por el solo propósito de vender y de venderse al mejor precio posible. Y así es porque, en realidad, ya no hablamos de libros, desde luego.

Se trata de otra cosa, evidentemente. Y tanto, que ahí está el hecho del silenciamiento de la literatura clásica, el no editarla sino en libros para estudio, y con un insoportable, cuando no disparatado, aparato

de notas explicativas, como si el lector fuera imbécil o analfabeto, lo que, por principio y por mínimo respeto, habría que suponer que no es. Y éste es exactamente el mismo asunto de por qué no se podían representar, en otro tiempo, ciertas obras clásicas en los regímenes sa-trápicas. Sencillamente, como dice E. Jünger, “porque ponían de ma-nifiesto la desproporción existente entre la realidad y las normas idea-les”; pero, ahora, en esta dictadura de la industria cultural, porque en el mejor de los casos la mera presencia de la literatura señalaría con el dedo la diferencia entre literatura y eso otro, y porque la conciencia de las culturas populares se ha evadido totalmente de lo que siempre se entendió por cultura. Y, cuando los actuales planes educativos formen otro par de generaciones en la inanidad cultural total, la literatura y la expresión escrita de calidad en general se convertirán en incompre-sibles y obsoletas, serán ilegibles. Los libros serán asunto de diversión y de pasar el rato. Y dejemos de lado el preguntarnos por los hombres, porque ya sabemos sobradamente que Heine tenía razón cuando nos avisó de que siempre libros y hombres han tenido el mismo destino. Y el doctor Sigmund Freud se equivocaba del todo cuando, en mayo de 1933, se quemaron sus libros públicamente, y le dijo a un visitante: «En la Edad Media me hubieran quemado a mí, ahora se conforman con quemar mis libros». Pero, naturalmente, no se conformaron, y enseguida lo sabría él mismo a sus propias expensas.

Pero todo esto es asunto de nuestra crisis cultural, o más bien el em-peño en borrar “la vieja cultura”, y sustituirla por un “como si” ahí a la mano que lleva ese nombre de cultura, y sea “todo a cien pesetas”. La revolución cultural que en esto consiste lleva implícita la de idea de tablarrasa del pasado, y por lo tanto de la cultura, y, por lo tanto del modo de ser hombre que conformaron tan trabajosamente treinta siglos, y por lo tanto del libro en el que ella se expresaba. Pero nada tiene que ver esto con la técnica ni la tecnología.

La obvia indiferencia e inapetencia de libros, para combatir la cual pa-recería que luchan las imponentes campañas para suscitar el apetito de leerlos, como el médico receta algo para abrir el apetito de comer, sólo son un síntoma de esa crisis o malestar de la cultura, que no lograrán hacer un solo lector verdadero, aunque puedan adiestrar miles de lec-tores motivados. Es la enfermedad social de la destrucción de la cultura lo que es grave. La indiferencia por los libros es mero síntoma, olfato juvenil del mal profundo.

Nuestro conocimiento, información, agitación de pensares y sentires, eclosión de la conciencia misma del yo, entendimiento del mundo, y goce de la hermosura, tormentas y preguntas, o memorias de felicidad humana son inseparables del libro, y el individuo humano se constituye por éste, en muy amplia medida, porque es una experiencia humana profunda: el despliegue de nuestra vida en otras vidas del presente y del pasado, y recorrido de tierras u océanos exteriores e interiores. Memoria también de quienes vivieron antes que nosotros, y nos prestan sus ojos para que los nuestros vean más y más allá. Las suertes del libro y del ser hombre están totalmente imbricadas, y leer no es un capricho, ni una preferencia, ni una costumbre, sino una necesidad de ser y estar. Si es que se quiere ser y estar, naturalmente.